

CEPAL/MEX/UCT/77/2
Junio de 1977

EL INTELLECTUAL CIENTIFICO MEXICANO: UNA TIPOLOGIA

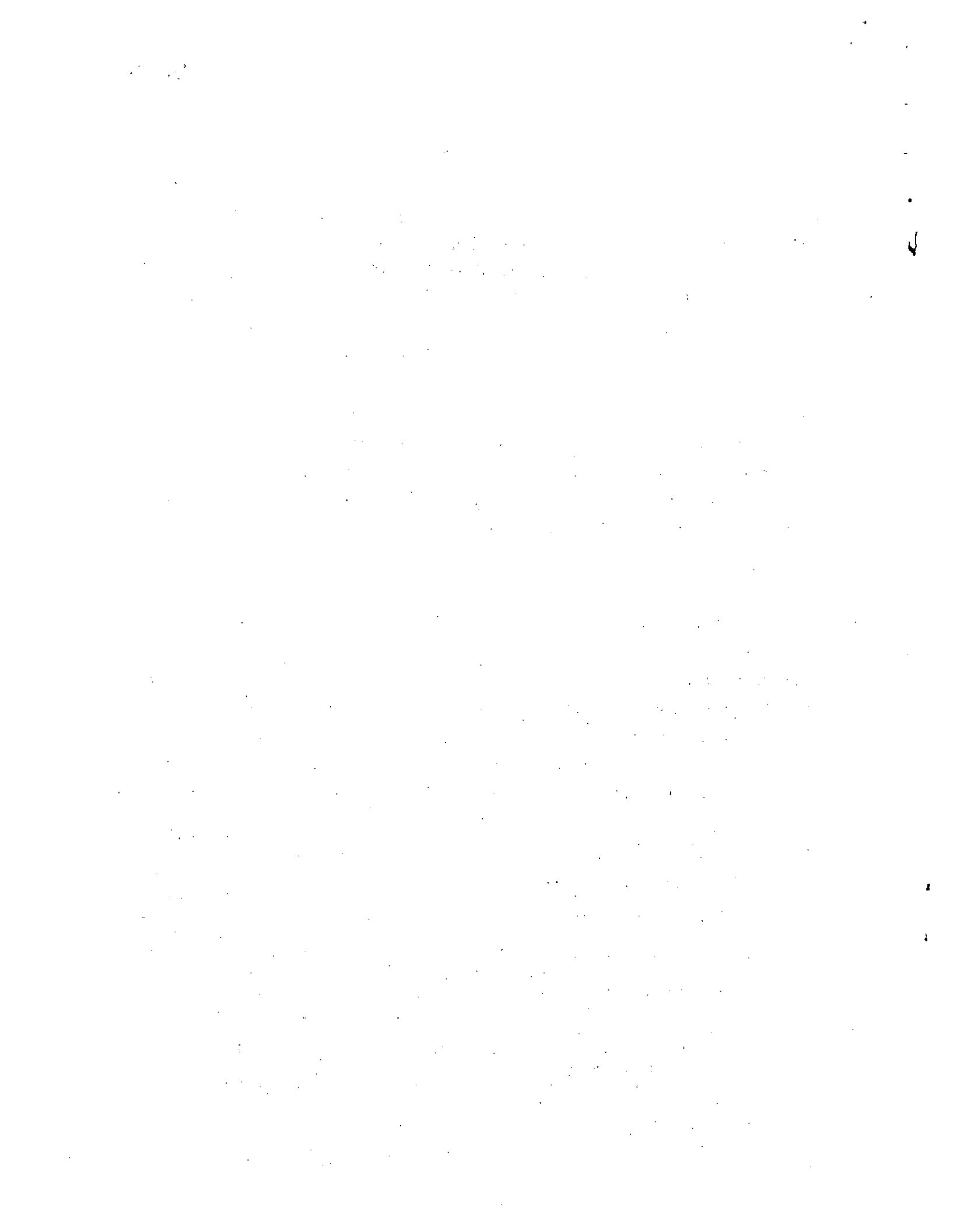
Joseph Hodara

Documento presentado al Simposio "La Ciencia en México" (9-10 de junio de 1977), organizado por la Academia Mexicana de la Investigación Científica, A.C. El autor es Jefe de la Unidad de Ciencia y Tecnología de la CEPAL, Naciones Unidas; las opiniones aquí emitidas son, sin embargo, de su responsabilidad personal.

77-6-327-100

INDICE

	<u>Página</u>
1. Apertura	1
2. El escenario	1
3. Intelectuales y anti-intelectuales científicos	3
4. "El Bueno"	4
5. "El Malo"	5
6. "El Feo"	6
7. Epílogo	7



1. Apertura

Un personaje ya tiene relieve en el escenario nacional: el intelectual científico. Definámoslo: el científico (de las disciplinas "duras") afiliado a instituciones de investigación que manifiesta gran interés por asuntos públicos, con designios y en un lenguaje que no se derivan necesariamente de su desempeño profesional.

Y agreguemos: este personaje tiene antecedentes en la evolución científica del país^{1/} y puede cumplir un papel genuino y positivo en el amarre de encadenamientos mutuos entre los núcleos de investigadores, las instancias extracientíficas, y el fomento del bienestar colectivo. Pero notamos diferencias de matiz y de escala que merecen particular escrutinio.

Veamos tres variantes del personaje: "el bueno", "el malo" y "el feo". Pero antes una digresión necesaria.

2. El escenario

Los procesos de institucionalización del papel "hombre de ciencia", de las condiciones ambientales que favorecen o inhiben su ejercicio, los nexos internos de comunicación y evaluación, y las imágenes públicas que ese papel proyecta son asuntos que apenas comienzan a explorarse en México.^{2/} Cabe suponer que la matriz del subdesarrollo afecta la actividad científica de un modo peculiar;^{3/} en cualquier caso, diferente a los patrones de conducta y desenvolvimiento que revela la ciencia en el contexto de sociedades

1/ Por ejemplo, Enrique Beltrán, quien en un artículo publicado por la Sociedad Científica "Antonio Alzate" en 1927 (fue reproducido por Ciencia y Desarrollo, marzo-abril, 1975, Vol. 1, número 1), hace consideraciones sobre los requisitos internos y externos para la institucionalización del quehacer científico en el país. No han perdido frescura. En cuanto a estudios más generales sobre el intelectual científico véase L. S. Feuer, The Scientific Intellectual, Nueva York, Basic Books, 1963; J. Ben David, The Scientist's Role in Society (hay traducción al español en editorial Trillas), New Jersey, Prentice Hall, 1971; y J. R. Cole - S. Cole, Social Stratification in Science, Chicago University Press, 1973.

2/ No sólo en México. También en otros países latinoamericanos la sociología de la ciencia apenas ha dado los primeros pasos.

3/ Algunas hipótesis al respecto pueden hallarse en J. Hodara, "La concepción del atraso científico-técnico de América Latina: el telón de fondo", Comercio Exterior, noviembre 1976.

industriales avanzadas y de firme tradición científica. Algunos^{4/} han hecho hincapié en los lados perversos del maridaje ciencia-subdesarrollo; pero juzgamos que éste tiene también "buenos momentos" que se traducen en retos y oportunidades excluidos de situaciones excesivamente organizadas. El desorden puede ser a ratos inteligente...

Como hipótesis de trabajo sugerimos que tres circunstancias han condicionado en México la gestación y difusión relativa del "intelectual científico". Una de ellas es la precaria internalización del "espíritu científico" tal como cristalizó en los países de Occidente.^{5/} Este espíritu postula el valor intrínseco de la ciencia como una expresión de la cultura humana, así como el imperativo de establecer normas de excelencia, de competencia y de división del trabajo dentro de la comunidad de investigadores. Factores endógenos y exógenos --que no es el caso especificar aquí-- han cohibido la propagación de este espíritu.

La segunda circunstancia alude a dos expectativas contrapuestas y extremas que comparten instancias públicas y privadas respecto a las potencialidades de la ciencia. Una pertenece a los que llamaremos "minimalistas": consideran la ciencia como un bien cultural de consumo, tan importante o tan dispensable como la música, el teatro y la danza (no incluimos al cine y la T.V., pues son poderosas palancas de cambio social). No le presentan demandas excesivas en la solución de cuestiones económicas o sociales, ni esperan mucho de ella. Los minimalistas toleran y hasta ayudan a la ciencia, bien porque aprecian su contenido intelectual, bien porque en el curso del tiempo puede dar lugar, por una feliz inadvertencia, a aplicaciones prácticas.

Los "maximalistas" se ubican en el otro extremo: esperan y exigen que la ciencia justifique el gasto que en ella se hace mediante la generación constante de efectos y usos que tienen mercado. Más aún, profesan intervenciones desde fuera para asegurar que el producto esperado de la ciencia efectivamente cristalice.

^{4/} Por ejemplo, Ruiz Pérez Tamayo, en su "La ciencia en México, Excelsior,...

^{5/} Esta denominación incluye, por supuesto, a la Unión Soviética.

Aquí distinguimos entre una "derecha" y una "izquierda". La primera subraya la importancia de las innovaciones tecnológicas inducidas por la ciencia; innovaciones que a la postre imprimirían dinamismo y viabilidad al patrón prevaiente de crecimiento. La segunda, en contraste, puntualiza los compromisos de la ciencia y del científico en la mudanza radical del orden socioeconómico. Una y otra ponen en juego recursos administrativos y emocionales para "optimizar" la función social del científico.

El tercer condicionante del intelectual científico está vinculado con la ampliación cualitativa y cuantitativa de las funciones del sector público respecto al desarrollo nacional. Tarde o temprano este proceso de intervención debía tocar a la ciencia. En el pasado tuvo efectos pasivos en algunos casos, y ornamentales en otros. Pero hoy la incidencia es directa y extensa, tanto por el lado de la asignación de recursos como por la vía informal de conceder premios y castigos mediante el reconocimiento público o el silencio no menos estridente. El fenómeno, desde el ángulo de los científicos, encierra oportunidades y amenazas. Ya lo veremos.

3. Intelectuales y anti-intelectuales científicos

Estos tres condicionantes representan los ejes de una tipología que interesa presentar en este ensayo. De acuerdo con las reacciones que cristalicen respecto de ellos, tendremos dos especies: el intelectual y el anti-intelectual.

Ambos coinciden en que la institucionalización de la ciencia y del haber científico en México es endeble e incierta. Pero el primero juzga que merced a interacciones más profundas con el entorno no científico habrá de obtener impulsos para ese proceso; el anti-intelectual, en cambio, tiende a pensar que la clave es enteramente endógena. Uno abraza compromisos y empeños colectivos con el fin de "socializar" y de imprimir utilidad inmediata al quehacer científico; el otro se encapsula para preservar la autonomía funcional de la actividad. El intelectual científico es fiel a tradiciones e impulsos de activismo social, en nombre y con el auxilio de su profesión. El anti-intelectual prefiere replegarse en un gesto de

"vivir" (e investigar) y "dejar vivir", con el designio de mitigar las interferencias externas en la acumulación científica.

Adviértase que esta distinción no representa un juicio sobre el signo y la riqueza de las ideas de cada especie. Así, habrían intelectuales progresistas y conservadores, brillantes y mediocres; y anti-intelectuales innovadores y rutinarios, abiertos y pusilánimes. La distinción sólo apunta a los factores (ambientales e intrínsecos) que para uno y otro constituirían la clave de la legitimación social del papel de científico.

En cuanto a las expectativas de propios y ajenos sobre la utilidad socioeconómica de la ciencia, el intelectual científico se desplaza hacia los "maximalistas"; el anti-intelectual tiene afinidad con el otro extremo. Estas pautas de conducta se deducen de las consideraciones anteriores.

Y también de éstas se derivan las actitudes positivas que el intelectual científico asume en relación al interés y a las intervenciones del sector público en la orientación y programación de la actividad científica. El anti-intelectual, en contraste, ve con recelo estas incursiones; para él constituyen señales de una peligrosa y sofocante burocratización.

En este trabajo no hacemos referencias adicionales al "anti-intelectual" (quien, como apuntamos, puede ser profundamente intelectual en su campo y en sus términos). Pondremos énfasis en la otra especie. De este modo se abonará el terreno para un retrato comparativo en una oportunidad ulterior.

Veamos entonces las variedades del intelectual-científico.

4. "El Bueno"

Reviste tres características, conforme a sus juicios y reacciones en torno a los condicionantes mencionados. Cree a pie juntillas que el Estado es una instancia benévola, responsable y articulada; que, por tanto, procura sostener y legitimar el quehacer científico. Y si es así, el científico debe servir las causas priorizadas por el Estado, ofreciéndole las luces emanadas del acervo y del método científico que ha internalizado en el curso de su formación. El "bueno" tiene seguridad, por otra parte, que la mano visible del Estado en la actividad científica debe ser por fuerza bienhechora.

/Con apego

Con apego a estas consideraciones, esta subespecie de científico intelectual muestra generosa inclinación a tomar parte en programas y proyectos que no son de factura propia; asiste a reuniones y acude a llamados, aun cuando son interminables y otros indefinidos; e indefectiblemente concede el beneficio de la duda a iniciativas y gestiones.

En paralelo, se empeña en proseguir sus trabajos de investigación, de los que hace depender su identidad profesional y el reconocimiento de los colegas.

Se trata de una rara variedad. De vez en cuando aparece transparente e ingenua; y pronto es barrida bien por el sobreuso interesado que algunos hacen de ella, bien porque su utilidad dejó de ser significativa. Y cuando algún representante por feliz accidente o conspicua talla sobrevive, padece el constante asedio de otras variedades.

5. "El Malo"

Esta subespecie tiende a proliferar, aunque se estrella de momento con fuertes resistencias tanto de los núcleos creativos de la comunidad científica como de instancias externas.

Sabe que la conducta del Estado es equívoca y contradictoria en el mejor de los casos, y acepta que de ordinario la malicia, el desorden y la inconsistencia constituyen sus atributos distintivos. Pero juzga que es un desatino intentar modificarlos; son elementos estructurales que tienen raíces ya sea en la índole amorala del Estado, ya sea en la condición del subdesarrollo. De aquí que el único curso razonable sea negociar con el Estado en los términos de éste.

El "malo" cree perdida la batalla en favor de la maduración científica tal como se entiende en las sociedades industriales. Lo que no se obtuvo hasta ahora en el área de la institucionalización y la autonomía, ya no se obtendrá. En un contexto de subdesarrollo, el tiempo opera en contra de la ciencia. Mas no en contra de cierta especie de científico. Si ésta no tiene método, atesora sin embargo un lenguaje respetado; sostiene discretamente que el carisma que porta la etiqueta "hombre de ciencia" puede reemplazar a la tradición científica; y sabe que las normas de excelencia pueden reducirse a un ejercicio de relaciones públicas.

/Adhiere

Adhiere con prontitud a los principios de los "maximalistas", y empieza a demandar, como administrador o político de la ciencia, lo que ya no puede ni crear ni creer. Saluda las intervenciones de organismos especializados del sector público, pues le pueden ofrecer significado y visibilidad. "Gasto (en ciencia), luego soy" es su eufórico estribillo.

Como suele acontecer, los actos del "malo" no siempre tienen consecuencias negativas. Por inadvertencia o accidente puede empujar las aspiraciones del "bueno". Lo cual le causará una sorpresa racionalizadora: los hechos futuros --y la desmemoria histórica-- revelarán oportunamente el ilustrado propósito de su hoy interesada y extracientífica conducta.

6. "El Feo"

Es la variedad conflictiva, desgarrada por fuerzas contradictorias. Merece detenido examen, pues tiene numerosos representantes. Es "feo" porque en sus empeños conciliatorios a nadie complace. Ni a sí mismo.

Juzga que el Estado es un conjunto ambivalente: estimula y suprime; necesita la ciencia, pero también puede prescindir de ella; con intermitencias, la elogia y la socava. En cuanto a la legitimación social del quehacer científico, el "feo" postula que los factores externos e internos deben confluír. La ciencia crece por dentro, es verdad; pero es aceptada desde afuera. Y esta aceptación suele gestar recursos que favorecen el dinamismo interno. Se debe actuar simultáneamente en los dos frentes.

Entre maximalistas y minimalistas el "feo" busca una posición intermedia. El cultivo de la ciencia debe producir objetos que tienen precio en el mercado; pero no a expensas del valor que configuran las normas de excelencia. Contribuirá a los cambios que el sistema económico y los sectores mayoritarios reclaman; pero no debe ceder a una efervescencia populista y militante que suspenda o sofoque la curiosidad y el trabajo de los científicos. Apoyará el científico --dice él "feo"-- las intervenciones e iniciativas de organismos responsables ante el público por el rumbo y el ritmo de la investigación; pero les establecerá límites y selectividad.

Percibe el "feo" que la ciencia encara diferentes maneras de perder la inocencia. Las aplicaciones militares y paramilitares fueron una de

ellas. El subdesarrollo gesta una alternativa menos insidiosa: prometer que cualquiera de sus expresiones y estrangulamientos pueden ser superados por la ciencia. Una promesa excesiva que acaso acarrea beneficios y aplausos en el corto plazo; a la larga consolidará factores hostiles a la ciencia, que hoy despuntan o se mueven tímidamente.

Y he aquí el desgarramiento: los científicos deben --según el "feo"-- prometer y comprometerse, mas no en injusta medida. Aceptar los riesgos del poder, y resistir sus tentaciones. Conciliar los componentes de la identidad con los apremios de la identificación. Despejar falsos conflictos, sin enredarse en síntesis ilusorias.

El balance y la armonía son el anhelo y la pesadilla del "feo". Es difícil alcanzarlos en condiciones pertinazmente desestabilizadoras. Pero no imposible.

7. Epílogo

Sugerimos que los postulados del "feo" constituyen la ideología dominante del intelectual científico mexicano.^{6/} Al menos, de momento. En el futuro, pueden transmutarse en las versiones del "bueno" o del "malo"; o bien adquirir tonalidades menos conflictivas. El resultado dependerá de la profundidad y la proyección que revistan las tensiones entre el intelectual y el anti-intelectual; entre las diferentes variedades del intelectual; y entre todos ellos y el entorno no científico.

^{6/} Las ambivalencias apuntadas no son por cierto las únicas; hay otras tensiones que se refieren a problemas particulares. Véase, por ejemplo, M. Castañeda, J. Martuscelli, J. Mora y J. Negrete, "La crisis de identidad en el científico", Ciencia y Desarrollo, Vol. 1, número 1, mayo-abril, 1975.

